

GERRY KENNEDY Y ROB CHURCHILL

El manuscrito Voynich

Un enigma sin resolver


melusina

Introducción

Este libro trata sobre otro libro. Pero lo más extraño es que este libro trata sobre un libro que nadie puede leer ni comprender: un libro que ha intrigado, frustrado y finalmente desconcertado a eruditos, intelectuales y criptógrafos durante los últimos noventa años, y probablemente a muchos más anteriormente. Un libro cuyas ilustraciones y originalidad criptográfica lo distinguen de otros manuscritos medievales, y cuya impenetrabilidad lo hace único. La historia del libro se remonta a épocas pasadas y se extiende por el ancho mundo, y está entrelazada con las vidas de personajes sorprendentes y generaciones enteras de aspirantes a descifrarlo en los últimos ochocientos años. Este libro pretende narrar esa historia; no sólo la que se refiere al inescrutable manuscrito, sino también la que atañe a las personas por cuyas manos ha pasado. Inevitablemente, esta historia suscita más preguntas que las respuestas que brinda.

Uno de los pocos hechos incontrovertibles acerca de este manuscrito es que fue llevado a la atención del mundo por un hombre, Wilfrid Michael Voynich, cuyo nombre todavía conserva el manuscrito. Como una piedra lanzada en aguas tranquilas, el descubrimiento de Voynich en 1912 generó oleadas de interés en todas direcciones. Desde entonces, el manuscrito ha atraído la atención de académicos, criptoanalistas militares y de los servicios secretos, y de un vasto grupo de ávidos des-

cifradores de claves y enigmas. Sin embargo, las personas comunes, en general, nada saben de tan perdurable enigma, y el manuscrito, de hecho, permanece oculto de la vista del público en la Biblioteca Beinecke de libros raros y manuscritos, en la universidad de Yale. Gerry Kennedy, uno de los autores de este libro, no era diferente a tantos otros en cuanto a su ignorancia sobre la existencia del manuscrito, o sobre su muy personal relación con su descubrimiento, hasta que un comentario casual en una reunión familiar impulsó la investigación de tres años, que culminó con la redacción de este libro.

A veces, el aspecto benévolo de una ocasión triste como suele ser un funeral estriba en que da pie a la reunión tribal de la familia cercana con sus parientes más lejanos, a menudo tanto en términos geográficos como de familiaridad. Sin duda, ello es cierto para la reunión celebrada a raíz del fallecimiento de mi tía Doreen en noviembre de 2000. Su funeral en Staffordshire fue una situación casi agradable por cuanto la pérdida y el recuerdo de la mortalidad colectiva sorprendentemente pueden hallar consuelo en la educada calidez de la recepción posterior. De vuelta a la casa donde mi tía había vivido, me encontré con mis dos primos y conocí a sus hijos ya adultos. Taza de té en mano, conversaba con Laurie, uno de éstos, cuando me preguntó si había oído hablar de un pariente nuestro muy lejano, Wilfrid Voynich. ¿Conocía yo el famoso manuscrito que Voynich había descubierto?

Ese nombre exótico no me sonaba para nada. Nuestra familia era inequívocamente inglesa hasta donde yo sabía, y de clase trabajadora, poco propensa por lo tanto a los descubrimientos literarios. Aun así, recordaba vagamente unos apollados antepasados victorianos apellidados Boole (el apellido de soltera de mi abuela materna) que, al parecer, estaban un poco fuera de lo normal. Mi hermano poco sabía de esta línea genealógica, y sin embargo apareció con un ajado árbol genealógico, que había pertenecido a otra tía. En aquel estandarte de un metro de ancho, los descendientes de John y Mary Boole, ambos fallecidos en la época de la Exposición Universal

INTRODUCCIÓN

de 1851, colgaban como un abigarrado móvil, un archivo de nombres otrora desconocidos para mí, aunque relacionados por un nexo genealógico.

Había tres ramas principales que pendían de sus hijos: Charles, William y George. Apenas me detuve en William; Charles, si bien prolífico, no parecía haber engendrado a nadie exótico. Fue George quien prestó la conexión. Entonces recordé la conversación acerca del famoso matemático George Boole, quien había inventado el álgebra moderna de la lógica... ¡después de todo, no parecía tan apolillado! Murió en 1864, el mismo año en que su esposa Mary dio a luz a Ethel, la menor de sus cinco hijas. Fue ella quien se casó con Wilfrid Voynich. En ese momento, la historia familiar previamente desconocida se me antojó vertiginosa. Un comentario casual había desvanecido el fondo del armario y me había concedido vislumbrar un territorio insospechado, poblado de extrañas criaturas.

Más tarde investigué en internet. Mi búsqueda sobre «Voynich» arrojó más de dos mil páginas web. Entusiasmado, me aventuré por la información que pululaba por la pantalla, y vi el manuscrito que había descubierto mi pariente lejano Wilfrid. La seductora escritura sin descifrar acariciaba las más extraordinarias ilustraciones de plantas parecidas a hierbas, zodiacos y unas rollizas y desnudas mujercitas, que sostenían estrellas en alto como si fueran globos de juguete, o que desfilaban con los brazos entrelazados bañando sus pies en un líquido verde. Era fantástico y real al mismo tiempo, y prometía grandes secretos que tal vez podrían descifrarse con la clave correcta. He aquí una charada seductora con la que cualquiera podía jugar a ser detective.

En julio de 2001, durante una visita a mi hija en Nueva York, pedí prestado un coche para recorrer los doscientos kilómetros que me separaban de New Haven, en Connecticut, donde se encuentra la universidad de Yale. Con edificios parecidos y torres pseudo-góticas, el lugar recuerda a Oxford o Cambridge, también porque la universidad representa allí la principal industria y los estudiantes se confunden físicamente

con los viandantes. La bóveda, que relucía bajo el sol, me recordó como un presentimiento a las catedrales del Kremlin, pero la Biblioteca Beinecke era ultramoderna; más bien parecía una pila de gofres negros metidos en un cubo, todo ello apoyado en cuatro patas como obeliscos.

Ingresé con arrojo por las puertas giratorias, un tanto nervioso, como en una cita a ciegas. Había leído y oído tanto sobre el manuscrito y su poder de atracción que no sabía qué podía esperar de un vis a vis: ¿amor a primera vista o una triste desilusión? Recordé una descripción de Mary D'Imperio del manuscrito, que había leído no hacía mucho mientras me preparaba para mi visita.

La impresión que recibe el espectador moderno ... es de suma rareza, excepcionalidad y distancia: podría decirse que es sobrenatural. Para el lector que ha visto imágenes de los manuscritos medievales iluminados más típicos, estas páginas tienen un aspecto muy diferente del que uno espera encontrar en un libro de estas características ... el manuscrito es absolutamente diferente de cualquier otro documento, incluso de aquellos que, aun remotamente, puedan comparársele. Nadie, hasta donde yo sé, ha descubierto hasta el momento nada que se le parezca en lo más mínimo.¹

Tras mostrar mi pasaporte en la recepción, la jefa de atención al público Ellen Cordes me guió hasta una enorme aula, mientras empujaba un carro repleto de objetos del interés voynichniano. Después de indicarme exactamente dónde debía sentarme, extrajo el manuscrito Voynich de su funda protectora y lo dispuso sobre un bloque de espuma de poliestireno, listo para ser inspeccionado. Sus manos con guantes de goma abrieron el volumen y comenzaron a pasar las páginas amarillentas de papel vitela. Su antigüedad crujía y crepitaba, sumando una satisfacción adicional a las maravillas que se revelaban. Me acababa de enamorar.

GERRY KENNEDY
Londres
2003